



Cumpleaños

Marcelo Luján

LOS DOMINGOS SON LO MEJOR PORQUE NO TENGO que ir al curro y porque al abrir el ojo, como quien no quiere la cosa, Lucía y yo solemos hacer el amor. Pero aquel domingo fue diferente. Todavía me duraba la imagen de Pelayo. No la imagen sino más bien lo que me había dicho mi esposa la noche anterior, en medio de la fiesta. Por eso al despertar me quedé un buen rato ahí, agilpollado, mirando el techo, sin saber muy bien qué hacer. Lucía se revolvió al otro lado de la cama, como hace todos los domingos para que yo, como quien no quiere la cosa, empiece a meterle mano por debajo de las sábanas. La luz de la mañana entraba por la ventana. Era domingo. Y los domingos son lo mejor. Pero ese domingo, con mis treinta y cinco años recién cumplidos, quién lo hubiera dicho, yo sólo podía mirar el techo. Un mes. El día en que cumplí los treinta y cinco —cómo olvidarlo— había pasado un mes desde su primera y sorpresiva aparición. Ahora no lo recuerdo con exactitud pero puede que fuera verdad aquello de que llevábamos veinticinco años sin

vernos. No sin vernos, eso sería una memez: sin saber nada del otro: sin saber siquiera si el uno y el otro existía todavía en el mundo de los vivos. Él dijo veintitrés, y después dijo el año en que acabamos la EGB. Puede que tuviera razón. Me llamó al móvil, temprano. ¿Hola, Jose? Estaba, a esas horas, en el mercado, cómo no, y vi que me llamaba desde un fijo de Alcoy pero la voz no me sonaba de nada. Soy Pelayo, tío ¿me recuerdas? Creo que me quedé en silencio y creo que enseguida dije: ¿Pelayo? ¿Qué Pelayo? Su explicación fue tan sencilla y breve que no tuve modo de seguir dudando, porque fue verdad que dudé. Y mucho. No podía ser que estuviera llamándome al móvil, veintitantos años después, mi mejor amigo del colegio primario: el inseparable Pelayo.

Ese mismo día —cómo negarme— quedamos a comer. Le pedí que se acercara hasta el mercado porque no dispongo de mucho tiempo para la comida. Y era verdad: ahí estaba Pelayo. El mismo que impidió, con su generosidad, que rodara mi cabeza en aquella clase de mates; el mismo que frenó, des-

de una valentía insospechada, que me urdieran a hostias los cabrones de sexto, cuando nosotros estábamos en cuarto; el mismo pero veintitantos años después, cuando por supuesto ya no eres inseparable de casi nadie. Ahí estaba, sí. Pelayo se había convertido en un señor completamente calvo, de aspecto atlético y cuidado, bastante hablador, esto es, que me hablaba como si esos veintitantos años no hubiesen existido en el tiempo, y estuviésemos deambulando por el patio, rascando y rascando en el recreo, como suelen hacerlo dos críos de diez años en cualquier recreo de cualquier colegio. Lo primero que le pregunté fue cómo coño había dado conmigo, no conmigo, eso sería una idiotez, sino con mi número de teléfono móvil. Pelayo no se cortó y nombró, como se nombra lo más habitual y cotidiano, a Lucía.

Por si no lo sabéis, Lucía es mi esposa. Llevamos casados nueve años. Ella no es de Alcoy, pero como si lo fuera. Pelayo tampoco es de Alcoy: llegó aquí siendo un crío, junto a sus padres, creo que venían de un pueblo de Albacete. Da igual. Lo cierto es que en ese momento Lucía estaba en el paro —todavía lo está— y asistía a un cursillo de esos que imparte el INEM, por la cara, a los que están apuntados. Pelayo también estaba en el paro y por supuesto también estaba haciendo ese cursillo. Lucía y Pelayo habían coincidido, allí, en el INEM. Pelayo decía que había regresado hacía poco a Alcoy, que su madre había muerto en febrero y que no sabía si quedarse con el piso o venderlo. También decía que había estado viviendo no sé cuántos años en Alicante, y también en Madrid, y que tenía intención de quedarse aquí. Lo cierto es que se cruzó con Lucía en el puto INEM, que empezaron a hablar por casualidad, que una cosa llevó a la otra, y que por ese motivo consiguió mi número de teléfono móvil. Comíamos. Después de aclararme todas esas cosas continuó hablándome del pasado.

Esa tarde, al llegar a casa, exactamente un mes antes de mi cumpleaños, lo primero que hice fue encarar a Lucía. Pues sí, me dijo, somos amigos. Le pregunté por qué coño no me había dicho nada y ella me contestó que se había enterado el día anterior, cuando Pelayo le dijo que había hecho la primaria en el San Vicente, y ella le dijo mi marido también, y Pelayo quién es tu marido, y ella Jose García Morel, y Pelayo, me dijo Lucía, abrió los ojos como si se estuviese enterando de que le había tocado la lotería. Y que se le olvidó contármelo. Y que qué más daba, me dijo. Lucía preparaba la cena, una tortilla de patatas, creo. Su mano en la sartén y su mirada en la sartén y yo ahí detrás, como un subnormal, sin fiarme un pelo de lo que me estaba contando. Pasaron unos días. Pelayo no volvió a llamarme. Y preferí no volver a preguntarle a Lucía por él. Pero esa noche tuve la primera pesadilla: Lucía, desnuda, encima de un hombre. Era nuestra cama o al menos nuestra habitación. Y no podía ver quién era el hombre que estaba debajo de ella. Y Lucía se movía. Movía sus caderas sin despegarse del hombre. A horcajadas estaba ella. Y yo ahí detrás, como un perfecto idiota, sin saber qué hacer. Me desperté sobresaltado. Enseguida estiré la mano para tocar a Lucía: dormía hecha un ocho.

El sábado de mi cumpleaños, un mes después de su primera aparición, cuando todas las cartas ya habían sido echadas, tomé otra decisión: encerrarme en mi casa el fin de semana entero. El plan era: saldré en un rato del mercado, iré directamente para casa, le diré a Lucía que no cocine, que me la suda el cumpleaños, que pida comida china y que nos quedaríamos todo el jodido fin de semana juntos sin hacer nada más que eso: estar juntos. Encerrarme con Lucía. Pedir comida china. Como en los viejos tiempos. Sí, ese era mi plan aquel sábado.

Debería contaros algo sobre X, personaje curioso pero tan efectivo. Un fulano que me recomendaron. Pero antes de hablaros sobre X os diré que más o menos una semana después de haber quedado a comer con Pelayo, —y de por supuesto no haber vuelto a hablar con él— salí del mercado, como todos los días, y al llegar a casa... ¿qué me encontré?: me encontré a Pelayo sentado en mi sofá. Me dio, de inmediato, un abrazo efusivo. Lucía, curiosamente alegre, me dijo que Pelayo se quedaría a cenar. Bebía brandy, Pelayo. Quiero decir mi brandy. No me hizo ni puta gracia encontrármelo en mi sofá bebiendo mi brandy pero en ese entonces no tenía ni pruebas esclarecedoras ni la furia que sí tuve más adelante. Lo cierto es que intenté disimular. Cenamos. Pelayo, insoportable, habló del pasado, de los tiempos del colegio. Después explicó algo que yo ya sabía, algo que me había contado la primera vez que quedamos: que estuve casado con una brasileña cuyo nombre era Marcia, que vivieron años felices en Alicante hasta que esos años felices se acabaron como se acaban todos los años felices, esto es, como por arte de magia, y que la brasileña estaba ahora en Brasil. Y que no sabía nada de ella. Y que él estaba solo. Por supuesto que la brasileña no le cogía el teléfono ni quería saber nada de él en los días que le quedaran de vida. Cada vez que pronunciaba la palabra Marcia, el rostro de Pelayo parecía derretirse un poco. Y el rostro de Lucía, cada vez que el de Pelayo parecía derretirse un poco, mostraba una llamativa actitud condescendiente.

Mi furia, claro está, no tardaría en incrementarse.

Hablemos de X, sí. El lunes de la semana de mi cumpleaños me llegó a la frutería un sobre suyo. X era un fulano que me había recomendado un amigo que no conocía ni sabía nada de Pelayo. X se dedicaba a seguir a la gente sin que la gente se enterara de que X los estaba siguiendo. Está de más aclarar que X cobraba por seguir a la gente. Quiero decir que no lo hacía por afición. Era un profesional. Nos vimos una sola vez. Me citó en el quinto pino, esa es la verdad, más allá de la A7 —bastante más allá—, no recordaba la última vez que había estado allí y hasta creí no haber estado nunca. Había algunas casas. Y un bar. Y allí estaba X, sentado junto a la cristalera, gafas de sol y perilla y un tatoo que le subía por el cuello. La descripción coincidía. Quise, estúpidamente, saber su nombre. Enseguida entendí que no me lo diría o me diría un nombre cualquiera, un nombre falso. Llámame X, me dijo. Bien. Le expliqué lo que pensaba y que quería sacarme algunas dudas. X no hablaba casi. Yo sí. Le hablé de Lucía. Le hablé de Pelayo. Le enseñé una foto actual de Lucía. Le hablé del maldito curso del INEM. Le di direcciones. X de

tanto en tanto asentía. Llevaba gafas de sol aunque a esas horas de la tarde no había sol, o al menos no como para llevar esas gafas. Cuando acabé de contarle los detalles y lo que quería que hiciera por mí, X habló por segunda vez. Habló para decirme que tenía que darle dinero, ahora mismo, me dijo, todo, me dijo, por adelantado. Por supuesto no llevaba encima esa cantidad y por supuesto no había cajeros ni nada parecido en esa zona. Ve a por el dinero pero no te enrolles, me dijo. Creo que al decirme esto miró su reloj. No sé cuántas vueltas di para encontrar un puñetero banco. Regresé agitado, le di el dinero. X lo guardó en un bolsillo de su chaqueta. Guardó, también, la foto de Lucía. Apuntó las direcciones, y habló. Me dijo que no volveríamos a vernos, que la próxima vez le dejara lo que fuese a él. Al decir él, señaló con el mentón al tipo que estaba detrás de la barra. Le dije vale. El tipo de detrás de la barra nos observaba desde la distancia pero con atención. En ese momento me sentí sencillamente un desgraciado.

Y esa misma noche volví a soñar con Lucía. Quiero decir con Lucía desnuda a merced de ese hombre misterioso que no paraba de follársela. Él estaba de pie, dándome la espalda, sus movimientos eran pausados pero violentos. De ella sólo podía ver sus piernas, tensas y abiertas. No sé por qué en el sueño me tapaba las orejas con las manos, tal vez para evitar los sonidos, eso no consigo recordarlo nunca. Otra vez me desperté sobresaltado en medio de la madrugada. Estiré el brazo para tocar a Lucía: roncaba bocarriba.

Hubo una segunda aparición estelar de Pelayo en mi casa. Ocurrió otro día de diario, puede que en la misma semana que la vez anterior. Por supuesto sin que yo estuviese avisado. Me enfadé más que la primera vez y entonces no quise disimular ese enfado. Esa noche también se quedó a cenar. Pero Pelayo casi no habló de nuestro pasado, no recordó anécdotas de la EGB, e incomprensiblemente no mencionó a la brasileña. Tuve la sensación, en varios pasajes de la cena, que Pelayo y Lucía hablaban como si yo no estuviese allí presente. En el instante de mayor enfado, más que nada para ver si se enteraban de que esa era mi puta casa, tiré a posta una copa al suelo. El vino se derramó y los cristales se esparcieron y Pelayo no dejó que Lucía recogiera sino que fue a por la escoba como si esa no fuese nuestra puta casa sino la suya. Le clavé la mirada a Lucía de un modo algo desquiciado. Y por alguna razón también desquiciada, me levanté para ir al aseo. Lo peor sucedió cuando desde el aseo, sin intención primero y con mucha intención después, pude espiar y ver con estos ojos cómo Pelayo miraba, mientras recogía los cristales, a Lucía. Y cómo Lucía, en un extremo de la mesa, miraba a Pelayo. Salí del aseo con un portazo. Después de que Pelayo recogiera los cristales, Lucía dijo que estaba agotada, que mañana no recuerdo qué, y que se iba a dormir. Me quedé con Pelayo a solas. Inexplicablemente, Pelayo se pasó por el forro de los huevos la clarísima tensión que había en el ambiente, y empezó a contarme su mierda de vida en Alicante, con su mierda de novia o esposa o concubina brasileña, a la que llamaba Mar. Mar esto o Mar aquello o Mar trescientas veces por segundo.

Por supuesto todo lo que decía Pelayo me entraba por un oído y me salía por el otro. Me confesó que Mar lo había abandonado más o menos de la noche a la mañana, como se dice, y que le afectó de tal manera ese abandono que no tuvo más remedio que recurrir a tratamiento psicológico. Tratamiento profesional, creo que me dijo. Y enseguida comenzó a soltar una sarta de estupideces tales como que le faltó, a menudo, el aire, que le dieron ganas de beberse un litro de lejía, de adentrarse, me dijo, en el mar de madrugada, como lo hizo, me dijo, una poeta argentina en no sé qué década, de abrir las cuatro manillas del gas sin encender los hornillos, y polladas por el estilo. El propio psicólogo, en mitad del tratamiento, le recomendó marcharse urgentemente a otra ciudad. Y yo, en ese momento, con la cabeza puesta en una sola y fatídica imagen, estuve a un palmo de decirle que además de marcharse de Alicante ahora debería marcharse de mi casa, qué hostias. Pero entonces Pelayo me casó la pregunta más absurda que jamás había escuchado. No absurda, vaya, eso sería una sutileza por mi parte: la más cabrona y malintencionada y tocapelotas. Sí. Me preguntó, textual, ¿tú que preferirías, Jose, que tu pareja te deje por otro o que te deje por nadie? Por alguna razón que a día de hoy ignoro me contuve de meterle, allí mismo y sin previo aviso, una buena leche en toda la cara. ¿Qué coño de pregunta es esa?, le dije. Y Pelayo: dime qué preferirías, anda. Y yo: no preferiría ninguna de las dos, ¿estás gilipollas o qué? Pelayo, entonces, escondió levemente la mirada y me dijo, a modo de confesión, que la brasileña lo había abandonado por nadie, esto es, que no hubo un tercero en discordia, y que se había pirado porque sí. Me ha dejado por nadie, ¿entiendes? Por supuesto salté de la silla como si ésta tuviese un resorte y por supuesto le di a entender que tenía que marcharse de mi casa. Mañana madrugo, tío, le dije. Pelayo, indulgente, accedió. Lo acompañé hasta la puerta y antes de desaparecer de mi vista me dijo: Jose, tío, piensa por favor esto: si te dejan por nadie significa que eres menos que nadie. No recuerdo qué le respondí pero sí que Pelayo me miró como si yo le estuviese dando de comer arena en medio del desierto. De camino a la habitación, donde Lucía ya estaba dormida, me puse a pensar qué cojones eres si te dejan por otro. Después maldije a Pelayo y me metí en la cama. Esa noche tuve una enloquecida y repentina erección, una de esas erecciones que te despiertan viendo a los ángeles y sin saber muy bien dónde estás. Me arrimé a Lucía. Ella ni se inmutó. Después, a tientes, intenté bajarle el pijama. Y después metí la mano más allá del elástico de sus bragas. Entonces sí se revolvió. Qué haces, me dijo. Le besé el cuello aun temiéndome que sería inútil. Déjalo ya, hombre, me dijo. Fue inútil. Creo que ella soltó un chistido antes de volver a sobarse. Me di la vuelta con algo de fastidio y pensé: otra vez ajo y agua, otra vez dormirse culo con culo, esto no puede ser. Y pensé más cosas. Necesitaba resolver la situación urgentemente. Resolverla por mi cuenta, sin que Lucía se enterase de nada.

En el sobre que X me hizo llegar a la frutería había cuatro fotos. Cuatro fotos esclarecedoras, quiero decir. X me había llamado a la semana siguiente de nuestro contacto. Me había llamado

para decirme que mis sospechas eran más que sospechas, y que en breve me haría llegar pruebas concretas. Y que después de ver esas pruebas concretas, nada, tú verás, fue lo que me dijo X antes de que la comunicación se cortara como si hubiese caído, de pronto, la bomba atómica. Siempre que hablé con X la comunicación se terminaba cortando así, abruptamente, como si cayera la bomba nuclear y no quedara sobre la faz de la Tierra absolutamente nada más que un teléfono pegado a mi oreja.

El lunes, entonces, después de atender a una buena cliente, tuve el disgusto de ver esas pruebas concretas y esclarecedoras que X me hizo llegar por MRW. Cuatro fotos. Por supuesto irrefutables. Lucía y Pelayo sentados en una terraza, había sonrisas en sus rostros. Lucía y Pelayo entrando a una tienda de todo a cien, juntos, no juntos, eso sería una chorrada: pegados. Lucía y Pelayo saliendo de esa misma tienda, más pegados que cuando entraron. Lucía y Pelayo yendo por Sant Nicolau, pegados y sonriendo y llevando bolsas de esas de supermercado. Lucía y Pelayo saliendo del INEM, a media mañana, ella con las manos en los bolsillos del abrigo, con la mirada delante mismo de sus pasos, tal y como hacen las novias mientras esperan que suceda lo que inevitablemente sucederá. Di una patada a los cajones de naranjas y me cagué en todo lo vivo. Los clientes, al otro lado del mostrador, observaban incrédulos.

Ese mismo lunes, esto en la semana misma de mi cumpleaños, llamé a X para decirle que había recibido las pruebas esclarecedoras y que por supuesto había tomado una decisión. Hubo un instante de silencio. Enseguida me dijo tú dirás. Entonces le comunicué mi decisión. Quiero, le dije, que le zurres, que le zurres una somanta de palos y que le digas, le dije, que se pira de Alcoy, que regrese a Alicante o a donde le salga de la polla, pero que no quieres volver a verle por aquí. X, al otro lado de la línea, sólo respondió que eso me iba a costar el doble. Y sin darme tiempo a que le dijera vale, me exigió que le llevara todo el dinero esa misma tarde. Entonces sí alcancé a decir vale. Enseguida le pregunté cuándo podía hacer lo que le estaba pidiendo y enseguida me contestó que cuando tuviera la pasta. Por supuesto fui a un cajero y por supuesto, esa misma tarde, al salir del mercado, fui hasta el bareto aquel que estaba más allá de la A7.

Durante el transcurso de esa semana, Lucía asistió puntualmente al cursillo del INEM. Y el jueves, es decir dos días antes de mi cumpleaños, para más detalles durante la cena, Lucía me contó que Pelayo llevaba un par de días sin presentarse, que su teléfono móvil estaba apagado, y que si mañana no aparece por allí, me dijo Lucía, perderá el derecho a la prestación por desempleo. Y que si no me parecía una verdadera pena que eso ocurriera. Ya aparecerá, creo que dije mirando la chuleta en medio de mi plato.

Esa noche, después de varias semanas, Lucía y yo al fin hicimos el amor. No fue la hostia pero ella había vuelto a besarme, a hacer fuerza con sus brazos, a soltar ese largo y exasperado grito que Lucía suelta cuando se corre. Deduje que todo había vuelto a la normalidad. Y estuve seguro de haber hecho lo correcto. Y que cuando me lo confesara, porque Lucía siempre acaba por

contármelo todo, la perdonaría. Así, sin más. Para qué darle vueltas al asunto.

De más está decir que al día siguiente Pelayo no se presentó en las oficinas del INEM. A mediodía, Lucía me llamó y enseguida me preguntó si tenía noticias de él. Pues no, cariño, le contesté. Vete tú a saber dónde se ha metido..., lo mismo se volvió a Alicante. O a Madrid. Qué dices, dijo Lucía con ánimos de exclamación. Y yo: no sería de extrañar que se haya montado en el primer vuelo con destino a Brasil. Lucía volvió a soltar una exclamación. Aproveché para decirle que mañana no preparara la cena.

Y ya no sentí, como se siente el fuego que quema o el agua en los pulmones, aquella furia ciega que me había acompañado durante todo el mes.

El sábado de mi cumpleaños, como he dicho, un mes después de su primera aparición, cuando todo lo que estaba en mis manos ya había sido resuelto, cuando Lucía me había confirmado la inevitable pero definitiva desaparición de Pelayo, salí del mercado con la gloriosa idea de llegar a casa, pedir comida china, y encerrarme, como en los viejos tiempos, todo el fin de semana. Lucía me había dicho ven pronto y por supuesto creí que ese ansioso pedido significaría lo que significó en otros cumpleaños, cuando mi esposa me esperaba detrás de la puerta medio en pelotas, bajo la preciosa luz de las velas, tal vez un disco de Leonard Cohen, la mesa enana del salón como centro de los más inalcanzables sueños de mi adolescencia. Pero para mi sorpresa, cuando metí la llave y abrí la puerta de mi casa, no había música de Cohen ni velas ni Lucía vestida de gata, arañando el aire y diciendo miau desde un recodo. No, qué va. Todo era oscuridad y silencio hasta que encendí la luz y me encontré con dos docenas de personas, amigos y familiares y algunos allegados, con sus vuvuzelas y sus ridículos capirotos de colorines, que sin pensárselo dos veces empezaron a cantarme el cumpleaños feliz. Absurdas guirnaldas cruzando el salón, la mesa y el mantel que sólo usamos para reuniones importantes. Por supuesto hice un gesto de sorpresa seguido de uno de alegría hasta que ya no tuve que hacer ninguno porque los invitados, uno a uno, me cercaron en abrazos. Lucía, por supuesto vestida y por supuesto preocupada por la ya misteriosa ausencia absoluta de Pelayo, después de darme un beso, volvió a preguntarme por él. Fue una noche larga y un tanto etílica, una noche de ciertos excesos y de ciertas reminiscencias.

Algunas semanas después de mi treinta y cinco cumpleaños, con Pelayo desaparecido completamente de nuestra vida, Lucía, no recuerdo a santo de qué, me dijo que le echaba de menos. Y no tuve tiempo de irritarme ante esa confesión porque ahí nomás me contó, como se cuenta una situación algo graciosa pero ingrata, que la brasileña de la que él tanto hablaba no era brasileña sino brasileño, y que no se llamaba Marcia sino Marcio. No sé qué cara se me quedó en ese momento pero Lucía también me dijo que Pelayo me tenía un cariño descomunal. No sabes tú bien lo que te quiere, me dijo Lucía. Y que por supuesto la fiesta sorpresa de mi cumpleaños había sido idea de él. ■